

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Nueva Revista de Filología Hispánica
ISSN: 0185-0121
nrfh@colmex.mx
El Colegio de México, A.C.
México

Robles, José Francisco
Virginia Gil Amate, Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII. Un estudio de “Tardes americanas” de José Joaquín Granados y Gálvez. Pról. de José Carlos Rovira.
Universidad, Alicante, 2012; 284 pp. (Cuadernos de América sin Nombre, 30).
Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. LXIII, núm. 2, 2015, pp. 518-523
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60246691019>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

encontrarán en este estudio un compendio rosariano quintaesenciado de saberes actualizados e interpretaciones nuevas de un autor muy preparado en temas espirituales, que trata con rigor y primor. El libro, además, está muy bien escrito, por lo que su lectura instruye y deleita.

MARÍA PILAR MANERO SOROLLA
Universidad de Barcelona

VIRGINIA GIL AMATE, *Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII. Un estudio de “Tardes americanas” de José Joaquín Granados y Gálvez*. Pról. de José Carlos Rovira. Universidad, Alicante, 2012; 284 pp. (Cuadernos de América sin Nombre, 30).

Tardes americanas (1778)¹, escrita por el franciscano español José Joaquín Granados y Gálvez, es un diálogo didáctico que reúne un gran número de temas, que van de una discusión en torno a la historia del mundo prehispánico hasta la crítica de algunas políticas borbónicas anti-criollas. En este diálogo, organizado en diecisiete “tardes”, son tres los personajes encargados de discutir estos temas: Cura, una suerte de introductor y testigo de la conversación, Indio (un erudito otomí) y Español, avecindado pasajeramente en el virreinato e interesado en escribir una nueva historia de la América septentrional. Como sucede en los diálogos didácticos, uno de los personajes hereda la voz del autor: sorpresivamente, el heredero no será Cura, sino Indio, quien, a su vez, llevará a cabo una defensa de la cultura prehispánica y novohispana. Español representará las falsas ideas sobre los americanos, cumpliendo el papel de ser la voz del borbonismo.

La obra de Granados aparece pocos años después de la visita a México de un ilustre parente suyo, José de Gálvez, ministro del Consejo de Indias entre 1765 y 1771, a quien, además, dedica la obra. Este personaje, como se sabe, tendrá un papel clave en el cumplimiento del decreto de expulsión de los jesuitas en 1767 y la decisiva implantación de las reformas borbónicas en el virreinato, las cuales dejarían a los criollos fuera de los altos cargos del poder virreinal. Esto, y mucho más, pasaba en el plano político y social de la Nueva España cuando vio la luz la obra que Virginia Gil Amate estudia en el trabajo que aquí reseño.

¹ JOSÉ JOAQUÍN GRANADOS Y GÁLVEZ, *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la gran nación tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos. Trabajadas por un Indio y un Español*, Imprenta Matritense de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, México, 1778.

La literatura de entonces no era lo que hoy entendemos por ella: era la suma de todo lo escrito, que incluía ciencias, artes, ficción y hasta obras teológico-filosóficas. Quizá debido al intrincado laberinto temático, genérico y disciplinario, la obra de Granados no había tenido la atención suficiente que merecía, tal como sucede con buena parte de la literatura dieciochesca novohispana. La única historia literaria del período apenas la menciona (y de pasada) en algunos de sus capítulos (pp. 411, 520 y 631)². Antes de emprender su investigación sobre la obra, Gil Amate ya había dado muestras concretas de su interés por ella al publicar al menos tres valiosos artículos³. La monografía que la autora publica viene a coronar su dedicación de años, convirtiéndose en el primer trabajo de largo aliento dedicado exclusivamente a la obra de Granados.

De manera acertada, la autora divide su trabajo en cinco capítulos, dedicados a puntos esenciales de *Tardes americanas*, los cuales están encabezados por un prólogo del investigador José Carlos Rovira y una introducción de la autora. A continuación examinaré esta división y dejaré para el final algunas palabras sobre el prólogo de Rovira.

La introducción, a pesar de no ser extensa, cumple con lo que se espera de ella. Gil Amate evalúa brevemente el estado de los pocos estudios que hay sobre la obra, continúa con una pequeña biografía del fraile franciscano y con el esbozo de los temas que encontramos en *Tardes americanas*: los “vaivenes políticos” y los “conflictos de la Iglesia” de la época, la “polémica sobre el Nuevo Mundo”, el debate sobre las “lenguas y las culturas indígenas”, la “política borbónica” (p. 21) en América, entre otros asuntos. Luego de esta evaluación crítica y descripción temática, Gil Amate anuncia su lectura de la obra: no será “patriótica”, como a veces se acostumbra leer el corpus textual del siglo XVIII novohispano, supuesta antesala ideológica de la Independencia. La suya buscará demostrar, como dice claramente, que la obra del franciscano es “una visión idílica de la perpetuación de las Indias bajo la monarquía católica”, pues según la autora, “la obra de Granados representa el postrero eslabón de la utopía franciscana en América” (pp. 21-22). El acertado título de la investigación da cuenta de este “sueño de unidad hispánica” presente en *Tardes americanas*.

² NANCY VOGELEY y MANUEL RAMOS MEDINA (coords.), *Historia de la literatura mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días*. T. 3: *Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, 2011.

³ Éstos son sus artículos en orden cronológico: VIRGINIA GIL AMATE, “Aproximación a *Tardes Americanas* de José Joaquín Granados y Gálvez”, en Trinidad Barrera (ed.), *Herencia cultural de España en América. Siglos XVII y XVIII*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt/M., 2008, pp. 171-195; “La percepción de la figura del conquistador en textos hispanoamericanos de los siglos XVIII y XIX”, *AsN*, 9/10 (2007), 75-83; “¿Confiar en los criollos? Apreciaciones sobre la condición de los españoles americanos en el siglo XVIII”, *Olivar*, 14 (2010), 13-31.

El primer capítulo trata de definir formalmente el texto: los motivos que impulsaron al franciscano a usar el diálogo y la tradición del género, la calidad de los personajes, la importancia de los preliminares de la obra, un repaso por algunas ideas sociales del siglo y la perspectiva historiográfica presente en la construcción del texto. Todos estos temas que van dando forma a la obra son tratados certeramente (especial mención merece el examen de los preliminares de la obra), aunque hay algunos puntos que exigían mayor elaboración teórico-crítica. Gil Amate, por ejemplo, destaca algunos conceptos presentes en *Tardes americanas*, los cuales, sin duda, son propios del léxico ilustrado: *luces, razón, felicidad y justicia*, aunque se encuentran ahí enmarcados por la fe católica que profesa Granados, cuestión también muy presente en su obra. Estos conceptos iluministas requieren mayor elaboración en su unión con el catolicismo en *Tardes americanas*. Si bien la autora cita los trabajos de Mario Góngora –uno de los historiadores que introdujo el concepto de “Ilustración católica” en el mundo hispánico–, no ahonda en una exploración mayor sobre los caminos de la Ilustración en la Nueva España, lo cual le ayudaría a sentar con firmeza el marco de ideas iluministas y católicas de la obra y la época en que surge, especialmente en su apartado que trata sobre la “mentalidad dieciochesca” (pp. 46-55)⁴.

El capítulo segundo es uno de los más importantes del trabajo de Gil Amate, tanto por la trascendencia en *Tardes americanas* del tema de las antigüedades indígenas que Indio y Español discuten como por el profundo examen que la investigadora realiza. De los puntos más destacables es la inclusión en su análisis de *Bibliotheca mexicana* (1755) de Eguiara (que tiene varios elementos que más tarde retomará Granados) y los vínculos entre el pensamiento del franciscano e *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* (1746) del anticuario Lorenzo Boturini, obra que ensaya por primera vez una lectura de las

⁴ Para empezar esta conceptualización podría recurrirse a la clásica obra de ERNST CASSIRER, *The philosophy of the Enlightenment*, tr. by Fritz C.A. Koellin y James P. Pettegrove, Princeton University Press, Princeton, 1951, en la que el autor desmitifica el prejuicio de que la Ilustración es anti-religiosa y profundiza en las reflexiones sobre la fe que se pueden encontrar en varios autores no franceses. En esta misma línea está el útil trabajo panorámico de DORINDA OUTRAM, *The Enlightenment*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995. Ya en el ámbito del catolicismo ilustrado está el volumen colectivo de ULRICH L. LEHNER y MICHAEL PRINTY (eds.), *A companion to the Catholic Enlightenment in Europe*, Brill, Leiden-Boston, 2010, y la investigación de S.J. BARNETT, *The Enlightenment and religion*, Manchester University Press, Manchester-New York, 2003, por nombrar sólo algunos que tratan de estos temas en Europa y dedican cierto espacio a España. Sobre las ideas ilustradas y el catolicismo en el mundo novohispano han salido varios trabajos en los últimos años. Uno de ellos apareció un par de años antes de la publicación monográfica de Gil Amate, y es el artículo de IVÁN ESCAMILLA, “La Iglesia y los orígenes de la Ilustración novohispana”, en Pilar Martínez López-Cano (coord.), *La Iglesia en Nueva España. Problemas y perspectivas de investigación*, UNAM, México, 2010, pp. 105-127.

antigüedades mexicanas a partir de las teorías viquianas. Granados, lector de Torquemada, Acosta, Sigüenza y Boturini, entre muchos otros, alaba mediante la voz de Indio el cultivo del saber entre los antiguos indígenas de México e intenta darle un carácter muy cercano al occidental, lo cual tiene un objetivo bastante claro que la autora logra examinar de gran manera: la posterior alabanza al mundo criollo, heredero de ese pasado. A pesar de que hay varios pasajes del estudio en los que abunda la descripción en detrimento del análisis, pienso que ésta era totalmente necesaria para la profunda exploración que posteriormente hace la autora.

No obstante, hay un asunto muy puntual por examinar que le hubiese dado una interesante dimensión a su análisis: en la “tarde” cuarta de la obra, Granados incluye un supuesto cantar del tlatoani de Texcoco, Nezahualcóyotl, que la autora descarta correctamente como original, apoyada en una muy pertinente bibliografía (pp. 84-86). Si bien es cierto que tal cantar aparece por primera vez en la obra de Granados, no hubiese sido mala idea explorar un poco más sus posibles fuentes. Por ejemplo, ver qué tan parecidos son el cantar del tlatoani que el franciscano supuestamente transcribe del original otomí (según él), junto con la información que brinda Torquemada y Boturini, y un poema de Quevedo, “Significase la propria brevedad de la vida, sin pensar, y con padecer, salteada de la muerte”⁵. De haber cotejado ambos textos, probablemente la autora se hubiese llevado una sorpresa.

Los capítulos tercero y cuarto, dedicados a la defensa del mundo criollo descrito en *Tardes americanas* son un ejemplo de pulcritud analítica. En el primero, la autora profundiza en “la intencionalidad política del diálogo” (p. 113), mediante el examen de las constantes reivindicaciones del franciscano de las virtudes espirituales e intelectuales de los nacidos en México, lo cual daría a los criollos, según el autor, un justo derecho a ocupar cargos altos en el gobierno virreinal. Gil Amate no sólo se queda en el análisis de *Tardes americanas*, sino que se extiende a otros escritos publicados algunos años antes, los cuales fueron leídos por Granados y discutidos en su obra. Por ejemplo, la discusión con Feijoo, autor venerado por muchos novohispanos, es particularmente interesante: como para Granados los notables ingenios mexicanos son bastante más numerosos que lo que el benedictino piensa, da una larga lista de nombres de intelectuales vivos y difuntos, con la que va bosquejando una suerte de novohispana república de las letras. Además de analizar este otro diálogo (entre el franciscano y Feijoo), la autora incluye un análisis de *Representación de la*

⁵ Agradezco a la profesora Martha Elena Venier de El Colegio de México, quien, hace ya varios años, intuyó esta similitud entre la supuesta pieza de Nezahualcóyotl y el poema quevediano y la compartió conmigo.

Ciudad de México a Carlos III (1771) y *Representación de la Universidad de México* (1777), ambas escritas por criollos y dedicadas a exaltar las supuestas virtudes de este grupo, evitando su exclusión de los altos cargos virreinales. Estas representaciones son parte fundamental de la reivindicación de Granados y así lo entendió la autora, quien entrelaza exitosamente estos escritos con el texto principal que examina. En el capítulo cuarto, Gil Amate va a fondo con esta discusión política, pues *Tardes americanas*, entre todos sus interesantes temas, se atreve a discutir inteligentemente las políticas borbónicas que afectaban al virreinato, pues su autor cree que varias de ellas van en contra de la unidad hispánica. Este asunto es estudiado con prolijidad por Gil Amate. Sin duda, estos dos capítulos son los más fuertes de su trabajo y el corazón de la hipótesis que había establecido en la introducción de la monografía.

El capítulo final, el quinto, de corta extensión como el primero, está dedicado a las ideas de Granados en torno a la iglesia novohispana, el cuarto concilio mexicano (1771), el milenarismo, guadalupanismo, entre otros temas subyacentes. Todos estos elementos están en la perspectiva, según Gil Amate, de una búsqueda por estrechar los lazos de la unidad hispánica que la autora ve como motor ideológico de la obra. Para Granados, América, y especialmente México, es el paraíso católico; y la autora lo percibe perfectamente mediante su lectura de algunas ideas milenaristas presentes en *Tardes americanas*. Indio, precisamente, es un fruto de estas ideas: en la ficción, el personaje se dice un antiguo estudiante del Colegio de Tlatelolco, uno de los más grandes proyectos de la utopía joaquínista de los franciscanos en América. Aunque la autora no lo especifique, el propio “acriollado” personaje de Indio es la muestra más clara de la unión hispánica mediante la fe, como una suerte de exitoso modelo de la deseada eternización del catolicismo americano en espera de la segunda venida de Cristo. Indio, de esta manera, sería ese hombre nuevo, redimido y redentor, que esperaba Joaquín de Fiore.

Como bien analiza Gil Amate en este capítulo, las figuras de la Virgen guadalupana, de Cortés y de la fervorosa religiosidad popular (exaltadas por el autor), unidas a las alabadas virtudes criollas, son la síntesis de la propuesta de *Tardes americanas* para la deseada unidad hispánica y, sin duda, una advertencia ante las negativas novedades del reformismo borbónico. Con este capítulo se cierra un valioso estudio no sólo de la obra en cuestión, sino de la época en la que surge. Por ello, el trabajo de Gil Amate tiene un valor doble: es el primer trabajo monográfico emprendido sobre *Tardes americanas* (lo cual ya es un mérito en sí mismo) y un examen minucioso y profundo de esta obra y la historia que la rodea.

En cuanto a asuntos formales, hay algunas cuestiones que pudieron ser mejoradas, aunque no le restan mayor mérito a la profundidad

del estudio: encontré algunas citas muy largas en el cuerpo del texto, ciertas faltas en la puntuación y en la citación⁶, algunos deslices en la transcripción textual de la obra de Granados⁷ y, en ocasiones, poca fluidez en el desarrollo formal de las ideas⁸, entre otros problemas⁹. Todos estos detalles, como dije, no desmerecen la encomiable labor de la investigadora, pero, como lector y reseñista, no los puedo dejar de apuntar.

Para cerrar quisiera referirme al prólogo del estudio, escrito por Rovira. No me detendré en las generosas alabanzas que brinda a la autora (merecidas, por cierto), sino en una certera observación sobre la obra de Granados: que una “edición crítica y comentada” (p. 16) de ella es todavía necesaria, y que la investigación de la autora brinda los instrumentos que ésta requeriría. Creo que estas palabras de Rovira no deben ser desatendidas. Virginia Gil Amate, como nadie, está en condiciones de llevarla a cabo. Quienes nos dedicamos al estudio de la literatura dieciochesca en el mundo hispánico agradeceríamos que ella emprenda muy pronto ese desafío.

JOSÉ FRANCISCO ROBLES
Colgate University

⁶ Hay una cita desmesuradamente larga al final de la introducción, ubicada dentro del texto (ocho renglones), que requeriría, además, una revisión por su puntuación, pues se cierra en coma y no en punto. Luego de la coma la frase prosigue abarcando veinte renglones, casi el total de la página (p. 22). En el capítulo segundo, el cuarto apartado termina con tres citas consecutivas de distintas partes de la “tarde” cuarta de la obra de Granados, los cuales no tienen mayor análisis (p. 105). En el quinto, la autora cita dos veces el mismo fragmento de la “tarde” decimoséptima (p. 239 y p. 244), sin percatarse de la repetición.

⁷ En el capítulo quinto la autora transcribe mal un apartado de la última “tarde” de la obra, llamado “Nota el Indio” y no “Nota del Indio” como ella señala siempre (pp. 265 y ss.).

⁸ En el tercero, cuarto apartado, hay varias notas al pie que, si bien son ilustrativas, deberían ser más acotadas, pues casi llenan completamente varias páginas (pp. 139-147). Esto le quita fluidez a la lectura y, creo, no suman demasiado al análisis de esos pasajes.

⁹ En el capítulo quinto hay un incorrecto uso de mayúsculas cuando se refiere a las órdenes religiosas de betlemitas (la autora dice “Belemitas”) e hipólitos (p. 243). Otro problema –aunque éste quizás sea un asunto de elecciones– tiene que ver con los nombres de los personajes. La autora habla de “el Indio” y “el Español”. Convendría usarlos como nombres propios, “Indio” y “Español”, por dos razones: si los usa como adjetivos o gentilicios, no necesita usarlos con mayúscula (en el siglo XVIII era común el uso de ellas para los gentilicios); si, por el contrario, los trata como nombres propios, no requieren ser antecedidos por un artículo.